

EL SEÑOR OBISPO ENTRA EN BURRO

Por Antonio D. Duarte Sánchez

Miles de tradiciones salpican este planeta. Las hay gastronómicas, políticas, familiares.... y también religiosas. Tomemos un ejemplo cercano, Orihuelica del Señor, Orihuela. Esta bella ciudad del sureste, en la vega baja del río Segura, bien merece una visita.

Hay cosas más que suficientes para pasar un día agradable y disfrutar de su clima y su gastronomía. No obstante, es muy importante que os hagáis acompañar por algún paisano que conozca bien las cosas de su ciudad. Y, si cumplís con todos estos requisitos, os podréis encontrar frente a los restos de la Puerta de Crevillente, admirando detrás el edificio de la antigua Universidad y escuchando algo parecido a lo siguiente:

Como cabeza de diócesis, de vez en cuando se produce el relevo del obispo. Como ciudad amurallada y poseedora de su propio fuero, un personaje con la relevancia jurídica, política y religiosa del nuevo obispo podía llamarse a engaño, al tomar posesión de su solio catedralicio, respecto a su propio poder y misión en su nuevo destino.

Así que el señor obispo había de llegar a la ciudad como el mismísimo Jesucristo; es decir, montado en burro. Pero, a diferencia del Salvador, a él no le esperaba inmediatamente una multitud batiendo palmas. El señor obispo habría de llamar antes a las puertas cerradas de la muralla y solicitar acceso a los oriolanos. Antiguamente debía jurar respetar los fueros de la ciudad, ahora ha de cumplir con la tradición que establecía el señorío de la jurisdicción con claridad.

¿Y qué pasa si el señor obispo se niega a seguir la tradición?.

"Pues que no se abren las puertas", contestará con naturalidad y determinación nuestro paisano.

Y no se abren.

Uno se imagina, claro está, la cara de asombro del recién nombrado obispo cuando se le explica el proceso de entrada en la ciudad. Los preladados ya no son como antes, acostumbrados lo mismo a talonear su caballo de batalla contra los moros que a penitenciar hasta Santiago de Compostela con un humilde sayo por vestimenta.

Ya no están, a las edades en que uno puede alcanzar la mitra diocesana, las posaderas en condiciones de arriesgar sobre el lomo del noble rucio de turno. Más aún si miramos la cuestión desde el otro lado. El del burro.

Siempre ignoramos a los abnegados representantes del proletariado equino. Humildes y explotados, extrayendo de sus fuerzas las plusvalías que a duras penas son recompensadas con cebada, avena, alfalfa y agua. Magro manjar para

vida tan ajetreada.

Y en día de fiesta, cuando parece que le espera un merecido asueto, ve acercarse ante él, con la pompa y boato necesarias al séquito clerical. Mucho carmesí en la faja, mucho crucifijo repujado, algarabía generalizada, en fin. Podemos imaginar cómo alza sus prominentes orejas, cómo agita su rabo y cómo fija sus ojos en el humano que le observa, a su vez, con recelo.

Huele el miedo, faltaría más. "Otro pardillo al lomo", se dice. Y rebufa un par de veces con tono amenazante. Monseñor se estremece y no las tiene todas consigo. "Ya me podían haber destinado a la Cartaginense", piensa tratando de mantener la compostura; pues claro, allí sólo tiene que montarse en barco para entrar en la ciudad cuna de San Isidoro, San Fulgencio y San Leandro.

El burro, al que podemos llamar Crescencio (porque de algún modo hay que llamarle), se deja hacer. Y cuando lo siente sobre él, aferrándose con las piernas en torno a su pecho, se agita un par de veces y muestra la quijada con un gesto de burla. "Lástima que no me llegue el rabo a la espalda de este gañán". El temblequeo de su ilustrísima se le transmite por salva sea la parte y Crescencio avanza con paso inseguro, que no es cosa de facilitar la labor y para que vaya empezando el poco airoso jinete a ganarse el sueldo, aunque sea cambiando el temor de Dios por el pánico a las alturas (metro y medio, o así).

Y narrarán las crónicas al día siguiente: "Su ilustrísima, con voz transida por la emoción, solicitó una vez más la apertura de las puertas de la ciudad, lo que le fue concedido por las autoridades y pueblo oriolano."

Salve, Crescencio.

Murcia, a 18 de noviembre de 2005.